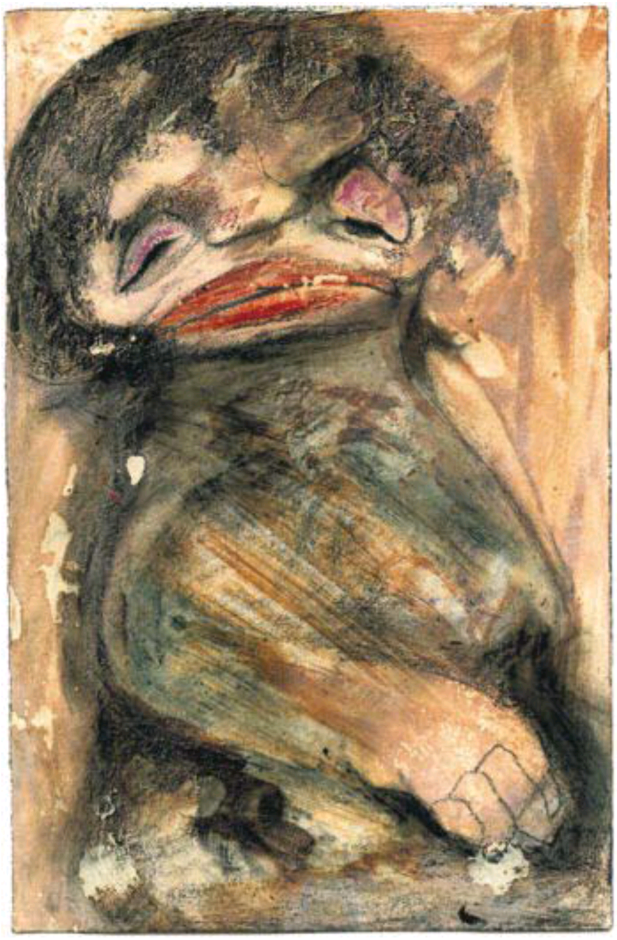
EL LIBRO DE LA SEMANA

Memoria caudalosa del futuro

La *Poesía completa* de Olga Orozco revela su intención de llevar el verso hasta sus últimas consecuencias para vislumbrar el otro lado del poema, su fe en una realidad siempre proveedora de imágenes y su diálogo con Alejandra Pizarnik

Poesía completa
Olga Orozco
Edición y cronología de Ana Becciú
Prólogo de Tamara Kamenszain
Adriana Hidalgo. Buenos Aires, 2012
499 páginas. 23 euros

Por **Esperanza López Parada**



Olga Orozco (Santa Rosa de Toay, 1920-Buenos Aires, 1999) vista por Sciammarella.



"¿Qué memoria es esta que solo recuerda hacia atrás?": la frase de la Reina Blanca de Carroll es citada por la poeta Olga Orozco en uno de sus ensayos para responderla con la posibilidad de una poesía como forma temporal extrema, capaz de apoderarse en todas direcciones, presentes y futuras, "de la trama del mundo".

Siguiendo esta concepción poderosa del hecho lírico en tanto gestión de totalidad, Olga Orozco escribe con todo su cuerpo, con toda su historia, con todas las generaciones que le fueron previas, con toda su infancia actualizada en cada niñez del poema, con cada momento de su biografía en cada instante biográfico. Pero también con el dictamen comprobado de su incontrovertible pérdida. Escribe con lo que es y con lo que no, como si tratara de llevar el verso hasta sus últimas consecuencias. Exploración, encadenamiento, apertura de un arco tendido hacia el conocimiento y hacía lo desconocido, las cosas más opuestas alcanzan su sitio contradictorio en el fraseo vastísimo de Orozco: de otro modo esa totalidad no sería sino un parcial esfuerzo, al no contemplar su disminución, su propia escasez. Así, dueña de una dicción enérgica, marcha Olga hasta los bordes de la expresión para vislumbrar el afuera de sí, el otro lado del poema. Lo consigue regalando sus recursos, enajenante y enloquecidamente dadivosa, alcanzando a ver el fantasma de la debilidad del lenguaje. En este sentido, ella parece la respuesta, única e impotente, al aniquilado paisaje pos-Pizarnik que deja a su paso la otra gran poeta del acervo argentino contemporáneo.

Alejandra Pizarnik y Olga Orozco comparten una simbiosis que la diferencia diametral de sus propuestas, lejos de socavar, fortalece. Paradójicamente ambas, con estilísticas inversas, participan de una misma búsqueda y llegan a conclusiones similares. Al fondo de estas dos vías paralelas un mismo interés: hallar la palabra en que por fin quede recogida la diversidad de lo que son.

Sin embargo, a Pizarnik esa urgencia la conduce hasta las puertas de la muerte, voluntariamente medida y deseada. A Olga, en cambio, la obliga a perpetuarse en años y en versos, en la insistencia de este lado de una vida que, octogenaria, se secunda y se celebra en sí misma. La militancia común en un surrealismo, cuya praxis alejan de su formulismo más hueco para hacerlo ingresar en modalidad expresiva de la coherencia, sirve a la primera para contar su desamparo sin lenitivos y dotar a la segunda de la fe en una realidad siempre proveedora de imágenes.

Este trabajo de compararlas —como nos aconseja Tamara Kamenszain en el precioso prólogo de esta edición— resulta altamente rentable, al poder derivar de ello el retrato divergente de los modos con que el yo lírico, desmantelado en la vanguardia, regresa a su predio en el poema.

De hecho, ambas son conscientes de la resolución exclusivamente textual que el problema identitario soporta en nuestra "modernidad líquida", pero para Alejandra Pizarnik el yo es objeto de una inquisición imposible para la inhabilidad del lenguaje, mientras en Orozco su desubicación se convierte en tanto más evidente cuanto más insista, tozuda y frustradamente, en cuantificarlo. Si en las dos el fracaso de toda intimidad expresada fue una lección aprendida, Pizarnik adelgazó su verso en la asunción lógica de dicho fracaso y Orozco mantuvo en alto la espada de una lucha inane bajo la forma del discurso sin retrocesos, magnificando la frontera real que Alejandra había reducido al silencio. Es quizá lo más impresionante de su tenacidad: que esa monumental voz de Olga articule su exceso en cerco del vacío. Poemas largos, letanías laicas cantadas con "respiración anchísima", como "gran marea del corazón", en cita de María Negroni, esa ingente fiesta verbal suya se coloca al servicio del enigma, de espacios no legibles, de inefables, frente a las cuales, lejos de claudicar, la escritura de Orozco continúa engarzando frases cada vez con una mayor contundencia y por tanto con una mayor derrota, como si la desorientación del sujeto, en lugar de en parca retirada, se resolviera con gasto verbal y derrochada soberanía léxica, tanto más dramática cuanto más resistente: lo suficientemente lúcida como para incluir además la clave suicida que desmembra de golpe el conjunto, sin la cual este permanecería a medias.

Ana Becciú, que ha preparado delicadamente esta obra plena —más que completa—, nos relata el detalle conmovedor de haber hallado en casa de Olga sus últimos trabajos en carpetas de versiones, borradores y definitivos, pulcros y preparados antes de su ingreso en la clínica de la que ya no salió. El gesto dibujaría una redonda atención con sus deudos —Olga ordena su patrimonio para causar las mínimas molestias— y con sus poemas, a los que es necesario abandonar en su forma más total y también más desvalida. Porque para Orozco, parvas y absolutas, las dos cosas son lo mismo. •

Un relámpago, apenas

Frente al espejo, yo, la inevitable:
nada que agradecer en los últimos años,
nada, ni siquiera la paz con las señales de los renunciamientos, con su color inmóvil.
Esta piel no registra tampoco el esplendor del paso de los ángeles,
sino sólo aridez, o apenas la escritura desolada del tiempo.
Esta boca no canta.
Ancha boca sellada por el último beso, por el último adiós,
es una larga estría en un mármol de invierno.
Pero ninguna marca delata los abismos
—ah intolerables vértigos, pesadillas como un túnel sin fin—
bajo el sedoso engaño de la frente que apenas si dibuja unas alas en vuelo.
¿Y qué pretenden ver estos ojos que indagan la distancia
hasta donde comienza la región de las brumas,
ciudades congeladas, catedrales de sal y el oro viejo del sol decapitado?
Estos ojos que vienen de muy lejos saben ver más allá,
hasta donde se quiebran las últimas astillas del reflejo.
Entonces apareces, envuelto por el vaho de la más lejanísima frontera,
y te buscas en mí que casi ya no estoy, o apenas si soy yo,
entera todavía,
y los dos resurgimos como desde un Jordán guardado en la memoria.
Los mismos otra vez, otra vez en cualquier lugar del mundo,
a pesar de la noche acumulada en todos los rincones, los sollozos y el viento.
Pero no; ya no estamos. Fue un temblor, un relámpago, un suspiro,
el tiempo del milagro y la caída.
Se destempló el azogue, se agitaron las aguas y te arrastró el oleaje
más allá de la última frontera, hasta detrás del vidrio.
Imposible pasar.
Aquí, frente al espejo, yo, la inevitable:
una imagen en sombras y toda la soledad multiplicada.

De ***Últimos poemas***